

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos.—Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.—Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscritores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

Enriqueta.

(Continuacion.)

CAPITULO VI.

La señora de la Inclusa.

Señor, es una señora.

MAGDALENA.

Echábame yo en cara á mi mismo los progresos demasiado rápidos que hacia en el horror, no siendo tal el sistema de los antiguos que en materia de dolor eran maestros, y debiendo limitarme á sus grandes obras, supuesto que el dolor moral es mucho mas poderoso en emociones vivas y fuertes que el dolor físico, pues nunca la operacion de la piedra ó la del trépano, han llegado á hacer un drama; por lo cual resolví ser mas alegre en adelante.

Pero pronto volvía á mi estudio favorito; la sociedad en que vivimos es demasiado egoísta para que las desgracias del prójimo puedan hacernos mella; la compasion nos encuentra tan insensibles como al egoísmo; contentarse hoy con pasiones del antiguo mundo poético, es borrar del numero de los vivientes en una sociedad que cansada de pedir emociones á los héroes de la historia, no ha encontrado otra cosa mejor para distraerse que presidiarios y verdugos. Por consiguiente volvía siempre á mi primer cálculo.

Sin estos punzantes dolores, me decía á mi mismo suspirando, yo no podría llorar, ¡yo tan joven renunciar al deleite de las lágrimas! ¿Concebis esta desgracia? ¡ni una sola emocion exterior, todo adentro, como un peso que oprime el corazon! ¡Un hombre muriéndose de sed, con una botella en la mano llena de un liquido bienhechor, y sin poder beber una gota siquiera para refrescarse!

Y luego yo queria saber en que vendría á parar la heroina de mi libro.

Pero ya era gran señora, gran señora; se habia hecho señora de la Inclusa por ser algo, y en todas las fiestas solemnes la veía yo precedida del suizo de rigoroso uniforme, llevando en su blanca mano adornada de diamantes, un bolsillo de terciopelo morado, apelando con una sonrisa á la vanidosa caridad de los hombres, y con un saludo á la mezquina caridad de las mugeres. Un dia entró en mi casa á hacer la colecta, y afortunadamente yo estaba solo.

Eran las dos, un ardiente sol de estío abrasaba mi acera, mis ventanas estaban casi cerradas, tenia sobre mi mesa un hermoso ramillete de rosas, mi habitacion se hallaba

fresca y brillante, iluminada solamente por un alegre rayo de sol que vencedor de todos los obstáculos, blanco y azul como mis cortinas, iba precisamente á reposar sobre una graciosísima cabeza de virgen, que cualquiera hubiera creído escapada del pincel de Rafael. Entró pues en mi habitacion la beldad, sola, cubierta de atavíos, y agitando el aire embalsamado del salon, y sobre su frente conmovida volví á hallar el vivo encarnado que le habia visto la vez primera. Ella, que no habia parado la atencion en mí, hombre del vulgo, venia hoy á mi casa á una hora tan desusada como si hubiese sido de noche: veíala sentada en aquel sitio, á mi lado, mirándome al fin, dirigiéndome la palabra á mí solo... olvidé por un instante todo lo que sabia de ella, para no acordarme sino de ella y de Buchí.

—¡Con que al fin venis á verme, tierna Enriqueta! la dije haciéndola tomar asiento, como un hombre que habla de una antigua conocida, ó como un hombre que sabe á quien habla y comienza sin etiqueta.

—¡Enriqueta! replicó ella; ¿sabeis mi nombre de pila?

—¿Y Buchí? Enriqueta ¿sabeis que ha sido de Buchí?

—¡Buchí! y quedóseme mirando, ya porque tratase de recordar si me conocia, ya porque aparentase no acordarse de Buchí; este olvido me partió el corazon.

—Sí. Buchí, repetí yo mas conmovido, Buchí á quien amábais tanto, á quien abrazábais y besábais con tantos transportes; Buchí, el buen Buchí, sobre el cual galopábais en la llanura de Vanvres, Buchí, que un dia os hizo perder vuestro sombrero de paja, Buchí que llevaba el estiércol de vuestro señor padre, Buchí á quien yo he visto....

Ella sacó de su bolsillo un librito de memorias forrado de tafete con cantoneras de oro, y sin responderme dijo:—Yo voy pidiendo para los niños de la Inclusa; ¿cuánto dais?

—Nada,

—Os ruego que les deis algo por consideracion á mí: en la última colecta recogí cuatrocientos ochenta reales mas que la señora de*** y me afligiria mucho si ella me venciese hoy,

—¿Sabeis lo que es un espósito? grité yo con violencia.

—Todavía no, me respondió ella.

—Id á aprenderlo, señora, y entonces, pasando por el camino del hospital, pobre, ajada, trémula, cubierta de vergüenza, volved aquí, llamad á mi criado, habladle de Buchí, y yo daré limosna á vuestro hijo.

Salióse lentamente de mi habitacion, mirando su bolsillo con pesar, echando á mi espejo una mirada satisfecha, y á mí otra que se esforzaba por ser de desprecio, y que no era nada, ni si quiera de colera: la colera es la última de las virtudes que piden corazon.

Luego que hubo salido, sentí haberla recibido de aquella manera por la primera vez. ¡Un desaire duro á su primera demanda! Pero habia demasiada coquetería en su peticion, demasiada vanidad en su limosna; y ademas! ni una palabra de Buchí—Buchí, ni un recuerdo para tí!—Fria y vana, egoísta é ingrata, y sin embargo tan linda, ya sabre

En lo que vienes á parar, dije entre mí, iré en pos de tus pasos como tu sombra, te seguiré durante tu vida que no debe ser larga: ¡infeliz muger, harto desgraciada, ya para haberte hecho rica de repente! Esa fortuna no puede durar mucho tiempo, el capricho de un hombre te ha enriquecido, otro capricho debe hundirte de nuevo en la nada. Y repasaba yo en mi memoria la historia de la mayor parte de las muchachas que la suerte echa al mundo en la clase baja para que sirvan de juguete á algunos ricos de la tierra, los cuales se hacen de ellas como de un hermoso caballo, y se deshacen despues con igual facilidad.

En consecuencia volvía yo á mi teoría, pareciéndome esta mas plausible que nunca: á saber, que la muger es la criatura mas desgraciada de la tierra. En su infancia vegetacion y fastidio; á los diez y ocho años mil homenajes, un amante á quien ella ama que la dá de golpes! á los veinte años, dos amantes á quienes ella engaña y pone á pique de morir desesperados; tres años despues, un imbécil á quien ella arruina, un viejo que la paga con avaricia, una arruga que rodea ligeramente los contornos de su boca, los cabellos que se caen y una profunda desesperacion: su juventud ya está perdida, perdida como un sueño, perdida arrastrado tras de sí amores comunes y remordimientos, en seguida la miseria y al fin la infamia, sin otro refugio que el guarda canton de una calle á los bastidores de un mal teatro. Mugeres de estas he visto yo que para vivir se hacian romper piedras sobre el vientre delante del público, y que habian sido hermosas; otra se han casado con espías, y sé de una que ha consentido ser muger legitima de un censor de imprenta, cuyo índice y cuyo pulgar estaban todavia encarnados de la tijera. ¡Hacedme favor de decir, si valia para esto la pena de ser hermosa! Y sin embargo es un don tan raro la hermosura! ¡encierra esa sola palabra tanta ventura y tanto amor, tanta obediencia y tanto respeto! Mas para ello es menester conocerse á sí mismo, es menester tener un alma. ¡Ah! ¡si me ayudasen las fuerzas para ello, os contaria sobre este asunto una historia lamentable!

CAPITULO VII.

La virtud.

Un nombre.

BRUTO.

De esta manera me puse mas melancólico que antes, inquieto sobre mi mismo, y no sabiendo si en efecto, apesar de todo mi desprecio, estaba enamorado de ella. Traté pues de separarme un poco del camino emprendido, sin perjuicio de volver á él luego que hubiese logrado mayor tranquilidad, y me sumergí en las tinieblas de la metafísica. Hice de ella, segun mi costumbre, una ciencia aislada de las demas, una abstraccion realizada, una jerigonza cadenciosa y sonora, pero sin resultado y sin inteligencia para nadie; busqué la causa de las virtudes y de los vicios, y reflexioné mucho sobre la felicidad del placer; un loco no lo hubiera hecho mejor. ¿Donde está la felicidad? pregunté, y volví los ojos hácia los que pasaban á mi lado; cada cual corria detrás de una cosa, nadie iba por el mismo camino, y sin embargo todos se dirigian al mismo fin; no nos movamos pues, dije, y veamos á donde llego yo.

Habíame sentado al pié de un árbol, verdadero quitasol del ardoroso y empolvado camino, cuando en medio de mis reflexiones se acercó á mí un viagero, el cual conocí mas por su monótono ruego que por su mochila y su nudoso palo, ser un andarín vagabundo especie de caballero errante, sumiso y lisongero desde la mañana hasta la noche. Como alumbraba el sol á la sazón, se me llegó cortesmente rogándome le prestase un poco de sombra, y sin aguardar mi respuesta se sentó con desembarazo, sacó de su mochila pan y una calabaza con vino, y se puso á apurarla lentamente, lanzando de vez en cuando un profundo suspiro como para no perder la costumbre. Ocurrióseme que aquel hombre podia ser para mis investigaciones un auxilio precioso, y con aire de interés le dije:—Hermano, ¿sabeis que cosa es la felicidad?

El me miró abriendo los ojos en demasia, se tragó, antes

de responderme, un buen bocado y díjome al fin:—La felicidad! ¿de qué felicidad hablais?

No me aguardaba yo esta pregunta que me embarazó, y para dispensarme de responder á ella, repliqué:—¿Con que admitis muchas especies de felicidad?

—Sin duda alguna: mil especies de felicidades he tenido yo desde que vine al mundo; de niño, tuve la felicidad de tener una madre, cuando hay tantos que ni padre ni madre tienen; de jóven, tuve en Bristol la felicidad de que no me cortasen sino una oreja cuando merecia que no me hubiesen dejado ninguna; siendo hombre he tenido la felicidad de viajar á costa del público, y de instruirme en los usos y costumbres de todos los pueblos; mirad si teneis ahí abundancia de felicidades.

—Os entiendo, amigo; pero todas esas felicidades no son mas que fracciones de felicidad, especies diversas de una sola familia; ¿cómo concebís la felicidad general?

—Como no hay vagos en general, no puedo responderos. Solo he observado en el curso de mi vida, que para un hombre sano, la felicidad estrivaba en un vaso de vino y en un pedazo de carne; que para un hombre enfermo, consistia en estar acostado solo en una buena cama del hospital.

—Con esa vida de privacion y de aislamiento, han debido atormentaros muchas pasiones diversas.

—Las he sentido terribles, me dijo en voz baja acercándose á mí; primeramente, he amado los árboles frutales y las parras del otoño, he adorado los tapones de las botellas y las tabernas, he hecho mil locuras por un poco de dinero; despues, me acuerdo que he pasado cuatro largas noches de invierno aguardando unos miserables calzones de terciopelo; y he estado á pique de ir á galeras por un inocente mulo cuya cuadra habia escaleado. Hoy todas esas pasiones se han alejado ya de mí, añadió robándome el pañuelo del bolsillo mientras que yo le escuchaba con atencion.

—No os preguntaré, continué yo con un tono lamentable de compasion, si habeis sufrido pesadumbres en vuestra vida.

—No hay pesadumbre que no ceda á una baraja, respondió él con sonrisa y disponiéndose á invitarme á jugar.

—¿Habeis tenido amigos hombre honrado?

—Uno tuve á la edad de diez y nueve años, y le rompí el cráneo por la criada de un bodegon; en Bristol tuve otro, é hice que le ahorcasen por salvar mi segunda oreja; y ayer mismo tenia otro, á quien le gané la mochila, el pan y el pasaporte; siempre he tenido amigos y siempre los tendré.

—Habiendo viajado tanto ¿qué habeis visto de mas extraordinario?

—He visto en Bristol romperse la cuerda de una horca con el peso del paciente; en España, he visto á un inquisidor resistirse á quemar á un judío; en Paris, he visto á un espia de la policia dormirse á la puerta de un conspirador; en Roma, he comprado un pan que pesaba una onza mas. Eso es todo lo que he visto.

—Vos que tan perfectamente sabeis lo que es la felicidad, ¿sabeis por casualidad lo que es la virtud?

—No sé nada de eso, respondió.

—Lo siento, repliqué; me hubiera interesado mucho vuestra definicion. Y volví á tomar mi aspecto meditabundo.

—Un instante despues me encontré con el mendigo de pié derecho, en frente de mí, con un palo en una mano, y haciendo con la otra un ademan solemne.

—Nostramo, me dijo, ¿porque desesperaros así? Si no sabemos el uno ni el otro, qué cosa sea la virtud, personas habrá tal vez que lo sepan; yo las interrogaré, si quereis, y si creéis que el señor perfecto de policia lo permita.

—Interroga, le respondí, y pierde cuidado; pedir á un hombre la definicion de la virtud, no es pedirle la bolsa; y solo esta última interpelacion puede ser indiscreta.

El vago se adelantó hasta la mitad del camino real con la osadía de un picaro que se ve apoyado por un

hombre de bien, estirando las piernas, con la cabeza alta, los ojos fijos, y su gran boca asaz entreabierto para enseñar una enorme dentadura que hubiera hecho honor al más hábil dentista.

En esto pasaron dos hombres: el uno era un usure-ro y el otro su víctima:—¿Qué cosa es la virtud? les gritó el vago con una voz de trueno.

—Díacero al veinte y cinco por ciento, respondió el primero; un viage á Bruselas (1) respondió el segundo y siguieron su camino.

Volvióse el mendigo hácia mí, para saber si debía continuar su tarea, y yo le hice una señal afirmativa, al mismo tiempo que llegaba otro viajero.

Era este un antiguo habitante de las galeras, que había cumplido sus años de pena, y que tenía todavía ciento cuarenta y seis reales de virtud en el bolsillo, (2) fresco por lo demás, alegre y hombre á toda prueba. El mendigo se llegó á él con cariño diciéndole:—Buen viage, camarada; pero, antes de pasar adelante, ¿sabeis qué cosa es la virtud?

—La virtud, camarada: es un tribunal criminal, una sentencia, diez años de galeras, el palo de un cómitre, y dos letras sobre las espaldas (3) que no deben renovarse: esta es la virtud.

—Bien dicho, replicó el pregunton; si quieres ser viajero como yo, comerciaremos juntos, tú entiendes perfectamente la virtud, para que yo te deje. Y ya iban á comenzar sus correrías, cuando los detuvo un gendarme que á todo correr venía á caballo hácia ellos. —¿Qué cosa es la virtud? le gritaron ámbos.

—La virtud, respondió él, está en unas buenas esposas, una buena camisola de fuerza (4) y un buen calabozo con triple cerradura. Y mandóles echar á andar delante del caballo.

He ahí como aprendí yo lo que es la virtud.

CAPITULO VIII.

De la deformidad moral.

¡Oh, horrible, horrible, horrible!

HAMLET.

Entretanto, sin quererlo, había yo hecho un descubrimiento importante; acababa de aprender que aun en el horror, la naturaleza moral era por lo menos igual á la naturaleza física; que la lepra del corazón era tan asquerosa como otro cualquiera; y que supuesto la forzosa necesidad en que nos hallamos del horror, hubiera sido quizá prudente no detenerse en las torturas corporales: este era, pues, el problema que yo debía buscar en adelante, debía pasar por entre los tormentos de estas dos criminales naturalezas. ¡Infeliz de mí! Esta ciencia me costaba ya caro, me costaba mi alegría, mi reposo, mi felicidad; de una cuestión literaria había hecho al principio una cuestión de amor, y al fin iba á hacer una cuestión de tribunal criminal. Hallábame ya demasiado adelantado para retroceder, veíame como un hombre que ha comenzado una colección de insectos, y que para completarla tiene forzosamente que adoptar los más asquerosos.

(1) Bruselas es el refugio de los que hacen quiebras y bancarrotas en París.

(2) Alude el autor á la masita que se entrega á los presidiarios al cumplir su condena.

(3) La marca antigua de los condenados á sufrirla era T. F. (Trabajos forzados.)

(4) La camisola de fuerza es una camisa de lona, muy fuerte, con mangas más largas que los brazos, que cubre desde el pezcuelo hasta la mitad de los muslos, abierta por la espalda y con la que se sujeta á los presos de quienes se recela algo, ó á quienes quiere castigarse, abrochándola como un corsé. Tal es la fuerza de la camisola que el paciente no puede moverse.

Por otra parte, este triste y cruel estudio debía en mi opinión, conducirme al conocimiento de los hombres con más seguridad que todos los libros de los moralistas. Se han escrito sobre la naturaleza moral muchos tratados que no prueban nada; habiéndose parado en insignificantes apariencias, cuando debiera haberse ahondado hasta el fondo. ¿Qué me importan nuestras costumbres de salón en una sociedad que no viviría un día siquiera, si perdiese sus soplonos de policía, sus carceleros, sus verdugos, sus casas de juego y de disolución, sus bodegones y sus teatros? En mi plan entraba conocer estos agentes principales de la acción social, tanto más cuanto que por medio de ellos debía yo libertarme por un instante de las torturas del mundo físico, en que me había ocupado hasta entonces.

Púseme pues á estudiar los héroes de mi historia, y ví de todas especies de seres. Estudié el espionaje en grande, en los fondistas, en los grandes señores, y en las damas del gran tono; el espionaje en pequeño, en los bodegones en las plazas públicas, y en las esquinas de las calles; y nada me ha sorprendido tanto en mi vida, como ver á esta casta de gentes ser padres de familias, mirar con sonrisa á sus mugeres, acariciar á sus hijos y tener amigos que no eran de su especie, y que iban á comer á su mesa: un hombre de bien no lo hubiera hecho mejor.

Un día ví entrar á una oficina de policía á un hombre andrajoso, con la barba larga, los cabellos en desorden, cubierto de manchas y que daba horror el mirarle; y un momento despues le ví volver á salir decentemente vestido, con la cruz de la legión de honor al pecho y con un rostro venerable, dirigiéndose á comer á casa de un magistrado.

Trasformación tan súbita me dió miedo, y pensé con terror que tal vez era de este modo como los dos extremos se tocaban.

Otra vez ví á un empleado subalterno de las casas públicas de juego, que despues de haber estado contemplando toda la noche con la mayor impasibilidad la ruina y la desesperación de muchas familias, se recogía por la mañana, y daba su capa á un pobre helado de frío.

Este justo medio entre el vicio y la virtud, entre la crueldad y la compasión, me causó más espanto que el extremo de la calle de Santa Ana.

También ví á una muger empleada en la lotería, joven y linda, sentada delante de su mostrador al lado de un joven gallardo, oyendo tranquilamente sus palabras amorosas, mientras que con indiferencia vendía á los pobres obreros un papel infame que debía colmar su miseria.

Este amor en presencia de una rueda de fortuna, me hizo estremecer.

Ví en fin, á un censor arrellanado en su poltrona, cortando el pensamiento de un hombre como si solo se tratase de cortarle la cabeza; un ser embriagado que mutilaba una opinión como un buen soldado que se bate con un enemigo.

Entre todas esas inmundicias sociales nunca ví nada más despiadado que un censor.

CAPITULO IX.

El inventario.

Todos estos bienes son tuyos.

SATANAS.

Si llego á olvidaros no amaré á nadie más.

FEDERICO SOULIÉ.

De vuelta á mi habitación sitiábanme esas funestas imágenes; el mundo físico visto de cerca me había hecho infe-

liz, el mundo moral observado con un lente me habia hecho miserable; á fuerza de poesía habia llegado á detestar á los hombres, á fuerza de realidad me figuraba que debía detestar la vida. ¡De qué altura habia caído, yo, que en otro tiempo me sentia perseguido de tanta dicha, yo que á cada paso, á cada movimiento, me felicitaba de vivir, yo que veia el universo por un prisma de color de rosa! Mi vida estaba marchita, mi universo cambiado: sin saberlo me habia metido en un intrincado drama del cual era menester salir á toda costa, y no le hallaba el desenlace. Me resolví, pues, á hallarle forzosamente uno, y abrí maquinalmente mi pesado escritorio de ébano, embutido de nacar amarillento, mueble precioso de mi vida doméstica, poema completo esparcido en diferentes cajones, á los cuales pasé melancólicamente revista; revista tan divertida como un recuerdo.

Primeramente ved allí en medio una porción considerable de papeles viejos; esos son versos de jóven, planes de dramas, libros comenzados, un abordo completo, un edificio medio levantado nada mas, y ya ruinoso; ni uno de esos pensamientos que me devoraban ha salido á luz, ni uno siquiera ha encontrado eco fuera de mí, ninguno ha ocupado la memoria de los demas ni aun la mia; en las artes de la imaginacion el pensar no es lo mas difícil; lo mas difícil es producir el pensamiento, lanzarle al público, tan completo que llame la atencion, tan ataviado que seduzca. Jóven y fuerte, me faltó sin embargo el valor; como una criada torpe ó perezosa, dejé á mi diosa medio desnuda, no con la decente y gracioso desnudez que es la suma perfeccion del arte, sino con aquella fea desnudez que ofende: una media mal estirada sujeta con una liga vieja, un corsé con todo su trabajo á la vista, unas enaguas sin gracia, todas las ropas menores sin una gasa tan solo por encima. He ahí lo que ocupa mi primer cajon.

El segundo está casi vacío: contiene papeles de familia, algunos títulos de propiedad, rentas compradas despues de tantos sudores sobre los fondos del estado, mi testamento que solo tiene dos líneas... ¡mi libertad, mi dulce y preciosa libertad en esos papeluchos! Quemad ese cajon, y mañana vuelvo á ser plebe, mañana no soy mas que un mercenario, un mercadero de agudezas á falta de otra cosa mejor, un pájaro sin rama que desde el primer dia de la primavera divisa el invierno sombrío. No obstante eso, un cajon tan precioso para mi existencia es el único que no está cerrado, y en cambio el cajon inmediato se halla defendido por dos cerraduras; trátase de dinero en el cajon abierto; trátase de corazon en el cerrado, por eso lo estará siempre.

Yo no soy de los que se rien de un amor perdido; he experimentado que un amor no se reemplaza con otro amor, el segundo perjudica al tercero, el tercero al cuarto, se debilitan los unos á los otros, como el círculo frágil que riza la onda agitada por la piedra de un niño; sobre todo hay una muger á quien no se reemplaza jamás, tal es la segunda muger que ama.

Todo esto se encuentra escalonado en mi cajon: cartas, cabellos, sortijas, algunos retratos, brazaletes rotos: aunque fuese de noche, conocería cada cosa por el olor, por la forma, por un no sé qué fácil para mí de adivinar. Estos cabellos negros eran extranjeros, y adornaban una cabeza imperiosa y altiva; niño todavia, á pesar de las mas tiernas caricias, no me atrevia á fijar mis ojos en los suyos negros y ardientes; este amor me dió miedo, y rompí con él comenzando violentamente mi educacion de jóven.

Ya veis estas cartas; papel basto, letras gordas, lenguaje extraño, inteligible solamente para aquel á quien se ama; de la gran señora me habia elevado á la obrera, á una muchacha dulce y jóven, que todo lo recibia de mí, á quien yo amaba con locura, que venia por las mañanas, se echaba sonriendo sobre mi alfombra, y en ella medio durmiendo, medio despierta, ora mirándome trabajar con calma y satisfaccion, ora impacientándose ligeramente, pasaba horas enteras aguardando el momento venturoso en que envanecida por ir colgada de mi brazo, encantada con su beldad tierna, se dejaba conducir á nuestras fiestas, á nuestros espectáculos, á todas partes á donde para ser bien recibida bastaba con ser jóven y graciosa.

Aquí hay un brazaletes que guardo con esmero; habia

prometido ir á devolverle yo mismo, pero le guardo. Me fué dado en un momento de loca embriaguez; era por la noche, y no la conocia; me cogió de la mano, me llevó á su brillante retrete; aunque hubiera suspirado por ella un año entero, no me habria amado mas,—asi te has posesionado de un puesto en mi escritorio, buena chica: plegue al cielo concederte, cuando llegues á los treinta años, una plaza en el hospital ó en las arrepentidas, supuesto que ahí has de venir á parar tarde ó temprano!

Tambien tengo el anillo de una desposada, un guante amarillo y bordado, y un largo velo verde cuya historia me hace estremecer.

Por tí hubiera dado yo todo esto, Enriqueta, todo esto si hubieses querido acordarte de Buchí.

(Se continuará.)

SONETOS.

LA MAÑANA.

Bello es vivir al anunciarse ufana
la aurora en una atmósfera serena,
y la campiña al contemplar amena
cual se matiza de encendida grana.

Bello es aspirar en la mañana
la aura que mece cándida azucena,
y sentir la cascada que resuena
entre rocas cóncavas lejana.

Bello es mirar rasgada la neblina
de la noche fantástica corona,
y el ruiseñor pintado oír que trina
melodioso himno que á la luz entona.
Mas bella fuera entonces mi fortuna
si viera á Laura, hermosa cual ninguna,

A UNA CIEGA.

Infuasto sello de menguada suerte
se oculta de tu párpado el velo,
y al replegarlo en direccion al cielo
¡Cuan doloroso es tu mirar inerte!

Sin que en tus ojos ni una luz despierte
ni vida, ni esperanza, ni consuelo,
hiendes errante la region del duelo
que en tu primer albor te abrió la muerte.

Cuan infeliz naciendo, ó niña, has sido
sin, de tu seco, el principal encanto!
Llora, llora!... esa dicha al afligido
negar la suerte, nó, no pudo tanto!
pues si robó la luz á tu pupila
cedióle al fin el llanto que destila.

ANTONIO MENEDEZ.

Conforme teniamos anunciado, se verificaron el jueves prócsimo pasado, los sorteos correspondientes á las tres series de cincuenta suscritores que lo han sido en el tercer trimestre de la publicacion de este periódico, saliendo premiados los números siguientes.

Primera serie.	número	48.
Segunda serie.	número	97.
Tercera serie.	número	123.

En consecuencia se ha avisado á los señores suscritores á quienes cupieron los números indicados, para que pasen á recoger sus respectivos premios en la Librería de los editores Rullan, hermanos.